

## XVII° Domingo del Tiempo Ordinario

En visitando a una prisión hace unos diez años, me encontré con cuatro hombres los cuales todos habían cometido asesinato. Lo sentían; se dieron cuenta de que el mal que habían hecho nunca podría ser revertido. Aceptaron la cárcel como castigo por sus pecados. Y escribieron un libro sobre las experiencias de su infancia y el camino que los condujo al crimen violento. Querían evitar que otras personas cayeran en lo mismo.

En las últimas semanas el asesinato de agentes de la policía en partes diferentes de los Estados Unidos ha perturbado a todos los estadounidenses de buena voluntad. Al igual que el maltrato de cualquier persona bajo arresto, especialmente las personas de color. Es difícil entender lo que motiva a la gente a lastimar y matar a otros. Algunos autores están mentalmente enfermos, pero otros, como los hombres que conocí en la cárcel, aprendieron del mal ejemplo de sus padres y de amigos falsos a llevar una vida de odio y violencia. La presencia de tal mal hace que algunas personas buenas pierden la esperanza de que algún día se pueda detener al mal.

Todos tenemos pecados que son difíciles de controlar. Queremos detenerlos, pero caemos en ellos en ocasiones repetidas. Algunos han enfrentado sus problemas y mejorado sus vidas. Ya logran controlar su ira, buscan ayuda para el abuso de alcohol o drogas, han dejado las infidelidades sexuales, han pedido perdón a las personas que han ofendido, y pasan más tiempo con su familia y amigos. Pero otros no han controlado las malas decisiones o las acciones pecaminosas que toman.

En la carta a los Colosenses, San Pablo le escribe a un pueblo que está consciente de sus pecados. La mayoría de sus lectores crecieron en religiones falsas, pero ahora siguen a Cristo. Pablo usa una palabra fuerte para describir lo que eran en el pasado. Les dice que estaban "muertos". Cada uno de nosotros probablemente puede pensar en momentos en que hemos actuado de manera inapropiada o dicho las palabras equivocadas, y, como resultado, nos sentimos "muertos" - que no somos la persona que debíamos ser. Pero Pablo dice que los cristianos no necesitan experimentar esto. Como Cristo resucitó de entre los muertos, así nos ha dado una vida nueva con él. Él perdona nuestros pecados. El pecado y la muerte ya no nos poseen. Cristo ha anulado el documento que nos era contrario y lo ha clavado en la cruz. Al final de su vida, los enemigos de Jesús lo clavaron en la cruz; pero ahora Cristo es resucitado, y Pablo dice que Cristo ha clavado el pecado y la muerte en la cruz.

Cuando nos fijamos en la cruz de Cristo, vemos una imagen de Dios que se hizo uno como nosotros, sufrió la agonía como nosotros, y se convirtió en mortal como nosotros. Pero Pablo nos invita a ver algo más. La cruz es el instrumento de la victoria, el lugar donde Cristo ha clavado nuestros pecados y penas, por lo que ya no nos pueden hacer daño.

Algunas personas cometen terribles crímenes del odio, los prejuicios, la violencia y el terrorismo. Estos pecados parecen casi demasiado grandes para enfrentarlos. No podemos controlar las balaceras en las calles, el terrorismo en los aeropuertos, y la muerte en las banquetas. Podemos pensar que no tenemos herramientas para detener el mal en el mundo. Pero las tenemos. Tenemos a Cristo de nuestro lado. Con él se demuestra el poder de la paciencia y la oración. A través de él nunca nos rendimos ante él que comete pecado, ya sea un enemigo asesino o nuestro peor yo. Con nuestras luchas por vencer nuestro pecado, le demostramos al mundo una mejor manera de vivir. Nuestras buenas decisiones pueden influir en otra persona que nunca ha aprendido el poder del arrepentimiento y de la cruz de Cristo.